

se condicionan y equilibran, alimentándose de sí mismas y prestándose apoyo para realizar conjuntamente la obra de arte. Además, el desequilibrio entre forma y poesía no es en México un fenómeno del todo desconocido; poetas que consideramos perfectos formalmente, si los observáramos con más detenimiento veríamos que su tal perfección apenas es un mito lejano de constituir lo fundamental de su poesía, pues casi todos ellos se dejan arrastrar por la emoción o la idea poética, colocándola sobre la forma pura. De manera que la actitud de Calvillo a este respecto no difiere diametralmente de la dirección poética de nuestra actual poesía.

Cuando creemos que Calvillo ha traspasado todo escombros que lo pueda alejar de su meta amorosa, la huella del Manuel José Othón angustiado ante el paisaje, aparece como una esencia dentro del poeta joven. Calvillo es quien mejor conoce, de entre la última generación, la obra del poeta potosino, de manera que su influencia no debía ser algo extraño dentro de su verso; veamos cómo concluye unas liras de soledad en que, para estar acordes con nuestra idea amorosa que de su poesía extraemos, hemos de dar el nombre de "liras del amor de mí mismo":

Allá queda la lumbre
anegando los valles y la altura
de amarga pesadumbre
sobre la yerba oscura
y el insomnio, sin mí, de la llanura.

Y esto, que nos hace recordar a uno de los grandes poetas nuestros, aún no revalorado por nuestra generación, nos da la certeza de que Calvillo ha hecho una decorosa estancia en la poesía, apoyando su voz en firmes antecedentes que sirven a su palabra poética para decir todo aquello que en su más honda intimidad vive, hecho amor y sensibilidad. No creemos en los definitivos primeros libros, pero sí estamos seguros de que un primer libro define el camino que se ha de seguir en cuanto a la dignidad poética. Y Calvillo, con este primer libro suyo, se coloca ahora en un sitio de responsabilidad ante nuestra generación. Quisiéramos que no se tratara de una simple estancia en la poesía, sino de la iniciación de un camino a seguir, del comienzo de una obra, puesto que Calvillo posee para ello las indispensables armas: dignidad y emoción poéticas.

ALÍ CHUMACERO,
México.

JANUARIO ESPINOSA, *La ciudad encantada*.—Santiago, 1942.

Mucho tiempo había permanecido en silencio el autor de *Pillan*, hermosa novela de la aldea chilena —el más feliz de los aciertos de *Januario Espinosa*— donde encontramos resumidas muchas de sus cuali-

dades de hombre y de artista. Quien haya leído *Pillan* no podrá seguramente olvidar la figura de Juana, la bella y noble heroína de ese relato que tiene el sabor y la fragancia de los campos de Linares, donde han transcurrido los más bellos años de la vida de Espinosa y donde seguramente se inspiró para crear a esos curiosos seres que hacen sufrir, con el drama de sus vidas.

Ahora se nos presenta con un libro de cuentos, cuyo título *La ciudad encantada* nos desilusiona un poco, al principio, pero que luego encontramos plenamente justificado, por el argumento y por el carácter misterioso del tema primero de los cuentos reunidos en este volumen.

Januario Espinosa es un narrador ameno y sabroso. No le interesa complicar sus cuentos con largas y fatigosas disquisiciones. Por el contrario, narra directamente, sin más demora que la que el artista necesita para ubicar a sus personajes y darle al escenario todo lo que hace falta para realzarlos. El relato fluye entonces como una fácil corriente que comunica su simpatía y su interés a quien lee con placer estas páginas en que siempre hay algo de encantadora simplicidad, de noble llaneza.

Miguel Rojas —hay muchos chilenos que tienen ese nombre, pero pocos a quienes les haya ocurrido la extraordinaria aventura de encontrarse con la ciudad encantada— sale un día en dirección a Chuquicamata. Antes de partir, pasa a despedirse de unos amigos, que le hacen bromas sobre los maravillosos sucesos que le pueden ocurrir en la mitad del camino, especialmente en el lugar de Tolopampa. Una mujer vivaracha se lo dice con cierta malicia y picardía, aunque por ello se enoje su marido. Pero Miguel Rojas no es hombre impresionable. Sabe que todos los caminos del desierto están llenos de leyendas extraordinarias. También sabe que la imaginación de los hombres del norte es viva e inclinada a creer en lo sobrenatural, aunque jamás se encuentren testimonios de lo que aseveran, pues viven alucinados, soñando en maravillosos derroteros y vetas de fabuloso alcance. Pero el camino largo, fatigoso, y la soledad, son malos compañeros en tales circunstancias. Miguel Rojas no sabe cómo llega la noche en medio del desierto y cómo, de pronto, divisa las luces del pueblo en cuya demanda camina, mucho antes de la hora calculada.

Y entonces el viajero entra en lo maravilloso. Como Aladino en su jardín, pasea tranquilamente por las calles que no le llaman la atención. Pasan por ellas transeúntes apresurados, como sombras que dejan una incitación al misterio en la obscuridad que apenas aclaran las débiles luces del pueblo. Entra en un almacén a comprar cigarrillos, pero no le quieren cobrar. Pide alojamiento y entonces un hombre de ojos extraños le dice que allí nadie puede dormir, que es preciso seguir hasta un árbol bajo el cual se alojan todos los caminantes.

Pero Rojas no tiene temor, y ve pasar ante él las imágenes de todos los hombres que un día fueron seres vivos, en una de esas ciudades que se tragó el desierto. Sólo cuando pasa la noche siente el terror que lo invade, como si de atrás lo persiguieran todos los fantasmas habitantes de la misteriosa ciudad.

Es un bello relato plenamente logrado. La mezcla de lo real con la fantástico está muy bien tramada. Y el lector siente la emoción honda de aquellos relatos con que los viejos autores europeos sabían llevar a sus lectores por esa extraña región de lo extraterrenal que el hombre desdén cuando está tranquilo y confiado, y que tiene, en circunstancias especiales, un increíble influjo en la existencia humana.

En estos cuentos *Januario Espinosa* muestra sus excelentes condiciones de narrador y de artista de buena cepa. "El barretero fantasma", "Sobre el puente del diablo" y "La mariposa blanca", son de los mejores del libro.

LUIS DURAND

ALFONSO JUNCO, *Savia*.—México, Editorial Polis, 1939.

El ensayo es uno de los géneros que más se cultivan hoy día. Su brevedad, su concisión cuadran bien con nuestra época en que se vive agitada y violentamente. Amplio es el campo que puede abarcar; múltiples los temas que se prestan para su desarrollo.

En esta hora nefasta de la historia, en estos días de cabal confusión en que los valores legítimos son aniquilados por la dictadura inhumana de las pasiones, en este año 1942 en que la guerra mundial amenaza arrasar como una enfermedad contagiosa a toda la humanidad, Alfonso Junco, faro de claridades diáfanas, despierta con sus ensayos la conciencia humana y nos ofrece el milagro de la salvación.

Sus ensayos persiguen un solo fin: mejorar al hombre, mejorando así la humanidad. Habla Junco con la lógica tremenda, con la claridad abrumadora de los hechos. Lo que dice no es una cosa abstracta e ilusoria. Es tan evidente, tan penetrante, tan sencillo y, sin embargo, tan verdadero y tan profundo. Pocos ensayistas hablan con la fuerza de sus sanos dictados; pocas palabras tienen más poder que las suyas para calmar con su fuente de agua pura la confusión contemporánea.

Nos hace darnos cuenta de que las verdades más profundas son las más evidentes, aquellas que todos debiéramos percibir. En un ensayo escrito en 1937, "Fascismo y Comunismo", revela ya toda su maldad y nos hace prever el desastre actual.

No hay duda que Junco conoce a la humanidad. Escribe francamente, no busca aplausos, se dirige a quien quiere escuchar la verdad. Y a nosotros nos gusta oír hablar así, nos gusta ese tono imperioso, tranquilo, grave, del maestro varonil y al mismo tiempo del poeta. En cada ensayo se encuentra un programa sano, fuerte, noble, inspirador: para el literato plantea "Tres Intimidaciones"; para el joven sediento de felicidad indica la fuente de ella: "el amor y el anhelo"; para el hombre señala "La eterna Recomendadora": la Iglesia.